

Cama

Cama
David Whitehouse

Traducción de Rubén Martín Giráldez

Título de la edición original: *Bed*

Primera edición en Libros del Silencio: junio de 2012

© de la traducción, Rubén Martín Giráldez, 2012

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2012]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de la colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Maquetación: David Anglès

Corrección de estilo: Unai Velasco

Corrección ortotipográfica: Pedro Martín

ISBN: 978-84-940156-1-8

Depósito legal: B-17.224-2012

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi madre y a mi padre. Y a Rebecca

Cuando duerme, suena como un cerdo hozando un montón de hollín en busca de trufas. No puede decirse que sea exactamente un ronquido, más bien se trata de un estertor. Por lo demás, es un amanecer silencioso; es la mañana del Día Siete Mil Cuatrocientos Ochenta y Tres, según el contador instalado en la pared.

Esta calma solo se ve alterada por el ruido de un cuervo al estrellarse contra la puerta del patio. El tremendo estrépito no consigue despertar a Mal, de cuyo pecho continúan brotando poderosos bramidos que resuenan en mis oídos como la conversación de sónar entre un delfín y un submarino.

Mal pesa casi seiscientos cuarenta kilos, o eso aventuran algunos. Eso es mucho, es más de media tonelada. Su apariencia es la de esas ballenas que habréis visto en fotografías, reventadas después de quedar varadas en la playa, desgarradas por la dilatación de gases internos, la espesa capa de grasa alfombrando la arena. Ha ido creciendo e inflándose a todo lo ancho de su camastro, formado por dos colchones de matrimonio y uno individual. Su masa se ha extendido tanto desde el centro de su esqueleto que parece un enorme edredón de carne. Le ha costado veinte años alcanzar tal envergadura. Un bloque de carne picada del tamaño de una camioneta embutida en un par de medias baratas, con capilares rotos aquí y allá. La grasa ha conquistado

las uñas de sus manos y de sus pies, sus pezones se han estirado hasta adquirir el tamaño de la palma de la mano de una mujer, y únicamente un elemento dotado de la tenacidad de una miga de bizcocho se atrevería a navegar entre los pliegues de su barriga. Ahora mismo debe de haber espacio ahí para alojar dos pasteillos como mínimo. A lo largo de veinte años, Mal ha llegado a convertirse en un planeta con sus propios territorios pendientes de cartografiar. Nosotros —Lou, mamá, papá y yo— somos sus lunas, estamos atrapados en su órbita.

Echado en la cama de al lado, oigo los espantosos bocinazos que ensayan sus pulmones en el supremo esfuerzo de peder un poco de aire a través de su boca. Un soniquete monótono y constante, como si me hubiesen taponado las orejas con pan mojado. Su pecho provoca un movimiento sísmico por toda la habitación cada vez que se alza. El oleaje de sus michelines desplaza ondas a lo largo del charco que es ahora su cuerpo. Yo surfeo sobre ellas —no tengo otra cosa que hacer aparte de contemplar el carnal expandirse de Mal, el enorme ataúd llagado en el que se ha quedado encerrado mi hermano— y me llevan hasta el jardín, donde observo al pájaro que se ha estampado contra el cristal. Quizá vio a Mal mientras volaba y lo confundió con una gigantesca golosina.

Veinte años en cama. La muerte de Mal es lo único que puede salvar a esta familia, porque su vida es lo que la ha destruido. Y aquí me encuentro, al cabo, compartiendo cuarto con él. La misma habitación en la que todo comenzó. O al menos parte de ella.

Papá me dijo en una ocasión: «Amar a alguien es verlo morir».

Estábamos dando el espectáculo ante la minúscula puerta de una pensión costera. La ancianita que nos había traído nuestros tazones de cereales de la cocina tenía el pelo rubio y lacio; parecía que se lo hubiesen tejido con humo de cigarrillo. La señora prefería ahuecar almohadones que ya estaban ahuecados y fingir que limpiaba una gota fantasma de té en el tapete dispuesto sobre un aparador antes que cruzar la mirada con mamá.

Aquel día me había despertado una discusión entre ella y Mal en la puerta del cuarto que compartíamos. Estaba desnudo, aunque eso no le avergonzaba como a otros chicos de su edad. A veces podía pasarse días enteros sin vestirse. Papá solía decir: «Por Dios, Mal, ¿por qué no te pones algo de ropa, maldita sea?». Mal no contestaba, pero mamá intercedía asegurando que no era para tanto. Mamá. Nos aniquilaba siempre con su amabilidad. Excepcionalmente papá lo arrastraba asido por debajo de los sobacos hasta su habitación, hasta nuestra habitación; lo mantenía inmovilizado en la cama con un brazo sobre su pecho mientras enfundaba sus renuentes piernecitas en los pantalones de un chándal. Mal se resistía y papá sudaba, ordenándole que se quedase allí hasta que dejase de comportarse «como un puto bebé». Mal culebreaba y, en pocos minutos, la ropa acababa des-

perdigada por el suelo. Parecía un polluelo desplumado, anguloso y con los brazos delgaduchos.

«Estás mal de la chaveta», gruñía papá, y mamá susurraba: «Cariño, déjalo en paz, por favor». Mal no podía hacer nada que mamá no fuese capaz de perdonarle. Ella defendería las excen-tricidades de su hijo ante el mundo aunque fuese con la cara ru-borizada por completo.

—¡Esta es la razón por la que nunca vamos fuera de vacacio-nes, Malcolm! —le gritó aquel día—. Por eso es mejor que nos quedemos en casa; en casa todo es muchísimo más fácil. Ponte la puñetera ropa de una vez, nos vamos a la playa.

—No quiero ir a la playa. —A eso se redujo su respuesta.

—Entonces tendrás que desayunar desnudo, ¿qué te parece?

Así que allí estábamos, desayunando. Menos papá, que había salido «a hacer una apuesta», según dijo, aunque lo más seguro es que fuese mentira. Mal, desnudo, esparcía sus cereales por la mesa. Y mamá observaba a la anciana de la pensión, que fingía alisar las cortinas. La familia que estaba sentada a nuestro lado no había dicho una sola palabra, concentrados en sus bollos y sus zumos de naranja. Me incliné hacia Mal y le pregunté por lo bajo: «¿Por qué?».

Se colocó en la boca uno de esos pequeños tetrabricks de leche y lo reventó con los dientes de manera que el líquido se derramó por todo su pecho; dio un respingo, porque estaba frío como los dedos de un muñeco de nieve.

Cuando papá regresó seguía irritado, como si hubiese recibido una patada en la espinilla. Le lanzó una mirada a Mal —que se concentraba en remover su té con una flor del jarrón de la mesa—, lo agarró por el codo y lo sacó a rastras tirando de su cuerpo desmadejado y desnudo hasta el coche.

Mal se quedó dormido casi inmediatamente. Dormía más que nadie que yo hubiese conocido, si bien por aquel entonces

yo no conocía a demasiada gente. Ni siquiera conocía mucho a Mal. Estuve escuchando cómo mamá y papá discutían sin darse cuenta de que estaban defendiendo la misma postura. Por lo visto teníamos que pagar la estancia de toda la semana aunque no hubiésemos pasado más que dos días en la pensión.

Mal no se vistió en dos semanas. No llegamos a ir jamás a la playa. Tampoco me importó demasiado, al fin y al cabo era noviembre.

Papá no trabajaba: papá «bregaba», según decía él mismo. Bregar sería algo parecido a trabajar, pero de una manera muchísimo más dura y considerablemente menos satisfactoria. La sola pronunciación de la palabra ya era desagradable. Bregar.

Era grande como un robot o como un monstruo, pero silencioso como no acostumbran a serlo ni los robots ni los monstruos. Tenía las manos blanquecinas por las durezas de la piel, abarquilladas y llenas de grietas como guantes de hojalata muy usados, así que yo no se las cogía más que para cruzar la carretera cuando nos llevaba a pescar; y si lo hacía, no dejaba de ser consciente de que sería capaz de triturármela con la facilidad con que uno estruja y aplasta una rosa congelada.

Por su parte, Mal depositaba su mano en la palma áspera de papá y se dejaba guiar por el sendero sin dejar de parlotear inquieto como un mexicano jaranero. Papá me gritaba «Date prisa» y yo perseguía a lo largo del canal sus sombras entrelazadas. Solía meterse un gusano en la boca, se lo colocaba bajo la lengua y sonreía, un truco de perro viejo que asombraba en cada ocasión a Mal como si fuese la primera. Yo lo había visto una vez y ya había tenido suficiente. Se ponían a conversar entre ellos, papá llenándole la cabeza a Mal con infinidad de proyectos, sugerencias sobre propósitos por realizar y empresas a las que dedicarse,

nos hablaba del mundo, nos lo presentaba como algo atractivo y lleno de posibilidades. El controlador y el fantasioso, la realidad y la ficción, armonizaban en la orilla resbaladiza. Yo odiaba la pesca, para mí aquello se reducía a una larga espera en medio del barro. No veía la hora de volver a casa con mamá. De hecho, todos nos moríamos de ganas de que llegase la hora de regresar.

A Mal siempre le gustaba ser el primero en hacer algo. No el primero de la casa o el primero en clase: el primero en todo el mundo. Hay cierto límite en la serie de cosas que uno puede ser el primero en llevar a cabo cuando es un niño. Acostumbraba a preguntarnos «¿Alguna vez alguien ha...?» y mamá solía responderle que sí solo para impedir que intentase cruzar el océano a nado. Había aprendido la lección un día que decidió ignorarlo: cinco horas después de que le replicase con un «no» ausente, el policía que llamó a la puerta de casa para aplacar sus peores temores lo había divisado en la azotea, colgando desnudo de la antena de televisión. Estábamos a mediados de verano. Una brigada de bomberos acudió y lo bajó de allí contra su voluntad. Yo estaba deseando que le disparasen un dardo sedante como a un oso que necesita atención médica urgente, y que rodase por el tejado hasta aterrizar dentro de un cubo de la basura.

Muy pronto, para reducir las probabilidades de que se pusiese en peligro, a mamá se le ocurrió la idea de los discursos. Le dijo a Mal que existía una combinación casi infinita de palabras que darían como resultado que quien las uniese fuera, desde luego, el primero en hacerlo en ese orden. Durante los siguientes seis meses, Mal estuvo ladrando cadenas de palabras interminables e ininteligibles con el único propósito de ser el primero en pro-

nunciarlas. La mayoría las sacaba de un diccionario, no necesitaba saber qué significaban.

—Incrédula diagnosis feroz atroz hegemonía telefonía fractura, nunca nunca nunca comas fruta si aún no está madura.

—Patrono: convulsiono sobre el trono crono mono fono tono ozono ay, caray si no te clono.

A ella le gustaba. Mal siempre fue generoso, pero a su manera.

La devoción de mamá era una manta que asfixiaba y que, no obstante, resultaba acogedora. Había sacrificado su vida en beneficio de quienes la rodeaban. En otra época hubiese sido la enfermera más celebrada —candil en mano, el uniforme azul hinchado por el viento y una batalla brutal en el campo humeante— por cada uno de los soldados moribundos que pasase por sus manos; pero en lugar de eso, había nacido para nosotros: su madre (a quien apenas puedo recordar), papá, Mal. Se había afanado en cuidar de su entorno y había perdido la juventud por el camino ocupándose de todos, amándolos, sin guardar nada para ella; y ahora que su madre había muerto y que papá comenzaba a mostrarse distante, se consagraba en cuerpo y alma a Mal. No sabía hacer otra cosa.

Estábamos en el colegio cuando Lou apareció en nuestras vidas. Los profesores apremiaban a los niños para que volviesen a entrar rápido en el edificio en aquellos días en los que llovía tanto que los desagües desaparecían bajo la crecida. Se veían obligados a abandonar, no sin desgana, la expectativa de los deliciosos aprietos que prometían las matemáticas avanzadas; no obstante, ese era el protocolo en caso de lluvia: unas horas de tiempo libre observando cómo los chicos bulliciosos maltrataban a los más tranquilos encerrados tras aquellas ventanas en las que se iba depositando la condensación.

En general, todo giraba alrededor de Mal. Su rechazo a participar en las efímeras convenciones sociales de la escuela daba como resultado que más de un día lluvioso se redujese a la contemplación de las palabras «Mal Ede es un bicho raro» descomponiéndose en el cristal. Él ni siquiera se daba cuenta. No le importaba lo que sus compañeros pensasen de él, y ellos envidiaban su indiferencia. Sin embargo, nunca llegaron a comprender su actitud como lo hizo Lou. Por completo. Lo vi en su cara aquel día; la expresión de alguien cuyo corazón sube por la garganta, desemboca en la cavidad bucal perforando sus dientes delanteros y prosigue su huida hacia el cielo. No fue amor ni deseo, todavía

era demasiado joven para eso. Pero era algo: la semilla de una semilla que llegaría a germinar en algún momento.

Aquel día, se sentó en clase y desempeñó con la mano uno de los vidrios. La lluvia tamborileaba con tanta ferocidad que los goterones, al golpear contra el suelo, hacían que el asfalto del patio de recreo pareciera haber entrado en ebullición. Simuló llevarse unos prismáticos a los ojos y los apoyó contra la ventana. A través de la oscuridad y el aguacero pudo ver la sombra de una solitaria figura. Mal. Su cabeza echada hacia atrás, la boca abierta de par en par rebosante de agua que se escapaba en cascadas por sus mejillas, nariz y ojos. La saturación producía en su pelo compactos mechones de babosas líquidas y hacía que la camisa blanca almidonada de su uniforme se volviese transparente. Dado que mi hermano no se dignaba a responder jamás al oír su nombre cuando pasaban lista, ninguno de los representantes de la autoridad había advertido su ausencia; de hecho, en aquel instante, la única persona en todo el universo que pensaba en Mal era Lou.

Lo miraba mientras el viento proyectaba la lluvia contra su espalda. Golpeó con sus manitas de porcelana en el cristal, pero él no podía oírla. Se reclinaba apresuradamente en su pupitre cuando algún profesor o un compañero escandaloso pasaban a su lado, para que nadie más descubriese a Mal allí afuera. Finalmente, después de más de media hora, se arrastró por el aula hasta alcanzar el pasillo; se puso a gatas bajo una muralla de sillas de plástico apiladas, serpenteó entre la red de patas negras y emergió. Permaneció acucillada allí hasta que el último de los adultos hubo entrado en la sala de profesores, cruzó de puntillas el resbaladizo suelo de baldosas del vestuario de las chicas, se escondió tras la puerta del armario de objetos perdidos y esperó la oportunidad de poder salir sin ser vista. Abrió la ventana que daba al patio y metió las piernas con agilidad por ella. Se quedó colgando allí, desapercibida, la mitad del cuerpo expuesto a la lluvia, con la

falda levantada hasta los hombros y las nalgas raspando contra los bordes afilados de la pared de ladrillo, antes de conseguir liberarse y caer de culo en un charco.

Se frotó los ojos y se chupó los labios. Sabían a fango.

Se dirigió con lentitud hacia donde estaba Mal, estremeciéndose cuando las primeras gotas de lluvia helada bajaron por su espalda en persecución mutua. Entrelazó sus dedos con los de él y se quedó allí mientras la tromba de agua percutía sobre ellos amenazando con disolverlos por completo. Mal continuó con el rostro dirigido hacia el cielo, agarrando su mano durante quince minutos hasta que, tan súbitamente como había comenzado, el chaparrón amainó. La soltó y, sin decir una palabra, volvió corriendo al edificio y se encaminó directamente al despacho del director para reclamarle una lección sobre la lluvia, justo antes de desmayarse sobre la moqueta.

—Disculpa, ¿tú eres el hermano de Malcolm Ede, verdad? —me preguntó Lou de vuelta a casa ese mismo día. Su voz y sus palabras se mantuvieron suspendidas en el aire como el sonido de una campanilla de viento recién tañida.

—Sí —tenía un aire compasivo.

—Me llamo Lou.

Me palmeó el hombro y me entregó una carta para Mal, dentro de un sobre amarillo adornado de una manera algo cursi con la huella de unos labios recién pintados de rojo brillante. No eran los suyos, ya que su boca no era tan bonita, de eso estaba casi del todo seguro; alguna amiga lo habría hecho por ella. Me había tocado el hombro.

Embutí la carta en las profundidades de la mochila desgastada que había heredado de mi hermano y corrí hacia casa a toda velocidad; la experiencia fugaz de algo nuevo, algo bueno, perseguía de cerca cariñosamente —pero por poco tiempo— a mi alma.

La neumonía resultante envió a Mal al colorido purgatorio del hospital infantil. Antibióticos y dibujos animados. El gotero que lo alimentaba a través de la vena que unía las dos delgadas partes del brazo a uno y otro lado de un codo huesudo fue testigo de su rápida recuperación. La neumonía había irrumpido en su organismo y luego había salido, como un tren de mercancías vírico. Mamá estaba furiosa.

Las horas de visita eran de seis a ocho de la tarde, pero en la única ocasión en que me llevaron con ellos, llegamos media hora antes. Seguí lentamente a mamá y papá a lo largo de corredores de color beige y suelo lustroso. Los camilleros hacían rodar hasta los ascensores a la gente más vieja que yo había visto en mi vida más o menos con el mismo cuidado con que introducían los paquetes plateados de comida envasada en los gigantescos hornos de las cocinas del piso inferior.

Enseguida abrieron las puertas y pudimos pasar a las salas. Ancianos en pijama, cuatro por habitación, demasiado enfermos para entregarse a la camaradería, preparados para lo peor. Una señora muy mayor que lloraba, un bote de chucherías que no habían tocado más que sus sobrinas. El olor a manos limpias.

Me estaba preguntando cómo sería llevar una máscara de oxígeno cuando me tropecé con la parte posterior de la pierna

de mi padre; su muslo —como un caballo de tiro— me derribó. Me levantó por el cuello, como un perro a su cría; me lanzó una mirada con ojos serios y me clavó un dedo: aquí el edificio tenía toda la autoridad. Nada de hablar, me advirtió, nada de curiosar. Lo entendí. Las mismas reglas que en la biblioteca, las mismas que en la piscina. Nunca he aprendido a nadar.

Encontramos a Mal incorporado en la cama leyendo un tebeo de colores vivos y riéndose y tosiendo a la vez obstinadamente. Lo primero es la cortesía: ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Qué te han dado a la hora de comer? ¿Has hecho amigos?

—¿Qué hacías en medio de la lluvia? —le susurré.

—Quería comprobar cuánto podía mojarme —me respondió él.

Mamá descargó una pequeña bolsa llena de juguetes sobre la mesilla de noche y a los pies de Mal y estuvimos hablando de mejorarse y de ser valiente mientras él luchaba por sacarlos de las estrechas cajas de plástico. Cuando intentaba tocar alguno, Mal se quejaba. Agarré el brazo de un muñeco musculoso, solo por el placer de tenerlo entre las manos; él me lo arrebató y golpeó con el codo la mesilla, haciendo caer un precario muro de Lego, que quedó esparcido por las brillantes baldosas.

Una mujer que le había pillado los dedos con la puerta de la cocina a su hijo aquella mañana y que había tenido que ver cómo se los amputaban por la tarde, emitió un bufido de desaprobación. Mi padre se alzó, visto y no visto, me cogió del antebrazo y me sacó de allí. El jersey se me subió y un repentino aumento de la temperatura corporal hizo que las lágrimas que me corrían por las mejillas me parecieran heladas al quedar aplastadas bajo el cuello de lana. Papá me pegó en el trasero mientras blasfemaba y renegaba.

—Ya puedes esperar en el coche.

Así lo hice. Me hice un ovillo en el asiento trasero.

Cuando emprendimos la vuelta a casa ya era demasiado tarde para cocinar nada, así que mi cena de cumpleaños fue un plato de *fish and chips* que comimos en silencio.

Al llegar, metí la carta de amor de Lou (o la primera carta de una admiradora que recibió Mal) en el fondo de la bolsa de la basura. La apreté a propósito contra la carne y los huesos en descomposición, para que se empapase en los jugos de aquella cena carente de amor. Aunque antes la apreté también contra mis labios grasientos de bacalao, por si acaso.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE JUNIO DE 2012

S

Asumí estar en ese camino porque es ese el modo como se consiguen los sueños. Al menos eso creía hasta que un día, cuando tenía todo acabado y faltaba la confirmación de que había decidido bien, no hubo recompensa. No hubo zanahoria. Ahí me di cuenta de que ya estaba caminando, lejos de mi voluntad, por la otra senda.

JOHN KENNEDY TOOLE

www.librosdelsilencio.com